



C A R A C A S  
APARTADO 628

# Revista Venezolana de Orientación

AÑO 17 - N.º 167  
JULIO, 1954

En un interesante artículo, fechado en Madrid, junio de 1954, y universalizado por Prensa Intercontinental, se recuerda la reciente frase del ilustre filósofo español Julián Marías: "El Cristianismo está perdiendo vigencia social".

Ni el filósofo, ni el articulista, repiten la frase con la burlona satisfacción de Unamuno. Fernández de Castillejo afirma expresamente: "Aquellos que sentimos en lo más íntimo de nuestro corazón la dulce divinidad de Jesús, lo decimos como un grito de dolor, no de revuelta". Y añade: "Hay una masa enorme en el Mundo Occidental, formada en su mayor parte por obreros y burgueses intelectuales, que siendo hoy indiferentes están pasando a ser hostiles al catolicismo, por considerar erróneamente a éste como la última trinchera del capitalismo reaccionario".

Como prueba elocuente de la afirmación se aducen los resultados de una encuesta, realizada en España por los Asesores Religiosos de los Sindicatos Falangistas, y publicados en la Revista Ecclesia. Allí se destaca cómo los trabajadores españoles desarrollan su vida fuera de la órbita cristiana, ignorando todo lo que a Religión se refiere sin querer salir de tal ignorancia; enumerando como causas de ello, "el virus marxista que oxida sus almas"... "el escaso contacto con el sacerdote"... "considerar a la Iglesia y al Sacerdote inclinados hacia el capital y al apostolado como protección de éste"...

Sería ridículo y suicida cerrar ojos y oídos ante reflexiones tan sinceras y graves, negándose al esfuerzo de comprobar su justicia o su inexactitud.

En los últimos siglos, y de una manera particular desde el siglo XVIII, se ha tratado reflejamente —por esfuerzo del liberalismo y de la masonería— de hacer perder vigencia social a la Iglesia Católica. En Historia Eclesiástica se conoce este fenómeno y se apellida el período: la Epoca del Laicismo. Se ha expresado la tendencia con la fórmula "el sacerdote en la sacristía". La amortización de los bienes eclesiásticos; el monopolio estatal de los grados académicos; la sustitución de las monjas por enfermeras laicas en hospitales y obras de beneficencia; la escuela mixta; la prohibición de las manifestaciones religiosas en la calle pública... son algunos de los reflejos de esa tendencia liberal y masónica.

Tal vez se está superando el período liberal en ese aspecto de premeditada reclusión de la Iglesia en las sacristías. Tardíamente muchas clínicas y muchos médicos piden el retorno de las monjas junto al lecho de los enfermos; naciones desengañadas, como México, renuncian a la co-educación; prósperan los colegios católicos, que en regiones limítrofes de Venezuela educan el 75 por ciento de los escolares en Colombia, y el 90 por ciento en Curazao; las manifestaciones de fe se desbordan por las calles, plazas y anfiteatros; muchos burgueses reclaman angustiados la ayuda de la Iglesia para resolver el problema social; las democracias quieren conservar las mejores relaciones con el Vaticano.

La vigencia social de la Iglesia en el mundo moderno —a lo menos desde León XIII hasta Pío XII— puede afirmarse que está en alza manifiesta.

¿ESTA PERDIENDO  
VIGENCIA  
SOCIAL EL  
CRISTIANISMO?

Pero se nos dirá que ese progreso, no discutible, se circunscribe al mundo burgués, oficialmente creyente y con frecuencia prácticamente pagano. En Francia se escribía hace una década: "Nuestro Mundo Burgués, cumple los mandamientos de la Iglesia y no cumple los mandamientos de Dios". Se refería sobre todo a la libertad de las costumbres públicas y al problema de la limitación de la natalidad.

Queda, en consecuencia, por resolver una afirmación precisa y grave. ¿No es cierto que el proletariado está separándose de la Iglesia? ¿No lo han reconocido así los propios Pontífices en la dolorosa frase: "el gran escándalo del mundo moderno es la apostasía de las masas"?

Se trata de una realidad que nadie puede desconocer. Y admitido el hecho se dan para explicarlo, concretamente en España, tres razones, anteriormente citadas: Escaso contacto del sacerdote y el proletariado; el virus marxista; la persuasión de que la Iglesia está al lado del capitalismo.

Sobre estas explicaciones sería justicia reconocer que en los últimos 60 años se ha operado en la Iglesia una transformación evidente y progresiva. El sacerdote está cada día en contacto más íntimo con el proletariado. No en vano se han escrito las Encíclicas Sociales; no en vano se han creado cátedras de sociología en los Seminarios; ilustres sacerdotes desde Ketteler, Rutten, Cardyn, Flanagan... han formado verdadera estela de apóstoles sociales. Potentes organizaciones como la Juventud Obrera Católica, los Sindicatos Cristianos, y las Cooperativas de Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Canadá... son un índice de que la Iglesia se está preocupando con justificada angustia por el problema de la miseria en el mundo proletario. La Legislación del Trabajo de casi todas las naciones cultas, que no pudo adaptarse ni a la tendencia explotadora del liberalismo económico, ni a la esclavitud totalitaria del Estado Policiaco Soviético, está basada en la Doctrina Social Católica. Preciosas conquistas: los subsidios familiares, el accionarismo obrero, y en ciertas naciones la cogerencia de la empresa, se deben a los sociólogos católicos, muchos de ellos sacerdotes. Hay órdenes religiosas, como la Compañía de Jesús, que tienen en cada nación —sin excluir a Venezuela— equipos exclusivamente destinados a las campañas de Organización Social Católica.

Entre los ensayos más llamativos, realizados en la última década, todos conocen la historiada Misión de Francia de los sacerdotes obreros. Misión que no se piensa abandonar como explícitamente ha declarado el Episcopado Francés, sino que se ha de continuar con exigencia de un mayor esfuerzo en la práctica de la oración sacerdotal y de limitación en el trabajo manual.

Alguna vez hemos recordado en estas páginas un hecho revelador del avance del cristianismo en el campo obrero. Al terminar la primera guerra mundial, casi todas las naciones europeas cayeron en manos de gobernantes socialistas. Al terminar la segunda guerra mundial, esas mismas naciones se han entregado a la dirección de jefes social cristianos.

No responde, por lo tanto, exactamente a la justicia la afirmación de que la Iglesia está perdiendo vigencia social, en el mundo proletario.

Pero sería igualmente injusto negar algún valor objetivo a la frase desoladora de Julián Marías. Y muy en particular en las naciones hispánicas. Tal vez estamos aquí en el período de la paganización de la masa obrera; y unos decenios más tarde tendremos que hablar, como en Francia, de una auténtica "misión" en el paganizado mundo del proletariado.

¿Valoramos con suficiente serenidad el peligro?

Hablando de Venezuela, es necesario reconocer que en los campos petroleros, en las Colonias Siderúrgicas y en grandes masas de los Llanos, sobre todo Orientales, se vive el proceso, lento pero implacable, de la paganización de la vida proletaria. ¿Cuántos hombres se acercan a la Iglesia en todo el mundo petrolero y en todos los Estados del Llano venezolano, si no es para las procesiones de Semana Santa?

¿Qué factores contribuyen a esta gradual paganización? Ciertamente la

casi total ausencia del sacerdote, por razón de nuestro pavoroso problema de escasez de clero; por la propaganda esterilizadora del marxismo materialista; en parte también por un vago convencimiento de que el sacerdote está más cerca del patrono burgués, que del obrero proletario. Pero deben añadirse entre nosotros otras dos razones: el influjo devastador de los hábitos de vida norteamericanos, en lo que tienen de más deletéreo y materialista; y el sentido laicista, muchas veces anti-cristiano, de la enseñanza en las Escuelas Oficiales de un Gobierno Católico, y en las instituciones escolares que financian generosamente las Compañías Mineras. A nuestro entender, ni el Estado Venezolano, ni las Compañías Mineras, han percibido suficientemente que estamos presenciando la siembra del materialismo en la presente generación, que será necesariamente campo abonado y fecundo para la propaganda del marxismo materialista.

La propia Iglesia Venezolana, está en la obligación de revisar sus métodos de apostolado, comprobar la eficacia de sus tácticas de acción, y estudiar con previsión y talento, el peligro que entrañan ciertas actitudes que pueden dar al proletariado la sensación de que la Iglesia está al lado de los capitalistas y de los explotadores.

Es insensato desconocer que el porvenir es de la clase proletaria. ¿Qué proporción existe hoy, en Venezuela, entre los colegios católicos para burgueses los colegios y escuelas para proletarios? ¿No podrían los Institutos Religiosos dar mayor cabida a la educación del sector proletario? En el Ministerio Parroquial ¿se facilita suficientemente al pobre el acceso a los sacramentos, sobre todo al matrimonio? ¿Por qué las primeras comuniones de nuestros niños, y sobre todo de nuestras niñas, del mundo proletario se han de celebrar con atuendos costosos, que alejan a tantos pobres de la Eucaristía?

No queremos alargar la enumeración. En estas rápidas alusiones alguien atisbará todo un horizonte de tácticas equivocadas de preocupación burguesa, que pueden acarreararnos, a la larga, trágicas consecuencias, que varias naciones europeas han experimentado ya en carne propia como cauterio doloroso.

Queremos cerrar con una expresa reflexión sobre nuestro proletariado agrícola. Tal vez porque el párroco rural es el más allegado a su feligresía proletaria, los campesinos son, entre nosotros, los que se sienten más vinculados a la Iglesia. ¿Qué inmensa trascendencia entraña la preocupación por su organización social; la creación de Cooperativas y Ligas Agrarias Católicas, antes de que el virus marxista los haya envenenado!

El escándalo de la paganización del mundo proletario está todavía en su fase inicial en Venezuela. Aún se conserva la llama, más o menos mortecina, de la fe en todo obrero venezolano. Es la hora de la acción católica en nuestro mundo del trabajo.

No lloremos mañana con lágrimas femeniles lo que podemos remediar hoy con una acción rápida, generosa y viril.

M. A. E.

